

Habilidad subjetiva: tecnología objetiva

Gabriela Lauretti

Ahora que la escritura me ofrece su espacio para hablar sobre esto, digo que fue un regalo, que mis papás me dieran la escritura. El viaje inútil. Camila Sosa Villada

Inspira nuestro comentario la Conferencia dictada por David Pavón-Cuéllar, el 16 de octubre de 2024, para abrir “el Primer Encuentro Latinoamericano de Psicoanálisis, Psicología Crítica y Marxismo, y el XVII Encuentro Nacional Colombiano y V Encuentro Internacional de Semilleros de Investigación desde el Psicoanálisis, realizado en Joinville (Brasil)” (Pavón-Cuéllar, 2024), tomando prestados los términos que sirven de título de nuestra deriva, y decidimos separar, unir por los dos puntos (:) para subrayar la tensión entre ambos, dada la conjunción: disyunción que, consideramos, los relaciona.

El autor los interroga de modo opositivo, refiriendo que una técnica puede radicar en un modo de hacer con las manos, habilidad que las manos pueden desarrollar como destreza, o en las herramientas. La técnica puede manifestarse como una ‘habilidad subjetiva’ o bien como una ‘tecnología objetiva’. Estas dos manifestaciones tienen un carácter fundamental y estructuralmente contradictorio que puede pasar desapercibido a simple vista. Puesto que las manos pueden prolongar sus habilidades a través de la invención de herramientas, que maximicen u optimicen, una técnica particular.

Por ejemplo, el tejido que habría cobrado valor de rasgo identitario para nuestra ciudad y nos diera nombre de “Capital del pullover (argentinismo del sustantivo inglés pullover-sweater)”, en su momento: tejido industrial, resulta de la invención y/o importación de tecnología y programas inteligentes (herramientas sofisticadas) que plasman diseños como el Jacquard, prolongación de una ‘habilidad subjetiva’ manual, objetivada en técnica. No es igual tejer a mano con una o dos agujas, como tampoco el hilado norteño de telar manual, donde las manos cruzan hebras de urdimbre y trama, para producir el paño. El origen del Jacquard es análogo, ya que es la automatización de patrones tan complejos como el de aguayos norteños, los brocados; convirtiendo ese saber-hacer ancestral en ‘tecnología objetiva’ de tarjetas perforadas, que prescinde de las manos tejedoras.

Como sostiene Helga Fernández, “Hay tejidos y tejidos” (Fernández, 2024, p. 41) y en tiempos de web (red, red, malla, telaraña, entramado) e IA (inteligencia artificial), resulta crucial, porque no nodal, ya que, si de tejido se trata, se trata de nudos, discernir de qué clase de tejido hablamos.

“Los incas usaban los nudos para escribir, contabilizar y conservar la memoria. El quipu fue utilizado en los censos, el conteo de las cosechas y en el comercio, también lo fue

para transmitir relatos y poemas” (Fernández, 2024, p. 43) Ese artificio, esa técnica de cuerdas anudadas, es producto de nuestra singular inteligencia, aquí en América como en otras latitudes.

Por ello nos preguntamos ¿es la IA el resultado de nuestra habilidad subjetiva, objetivada en tecnología? O de otro modo, la tecnología ¿objetiva nuestra singularidad (habilidad subjetiva)?

Podemos responder clara y sencillamente a la primera pregunta, con un sí. La IA es resultado de nuestra invención, de nuestra singular inteligencia que se prolonga, “supera sus límites y adquiere más capacidades a través de una herramienta que no es nada sin (...)” [nosotros, ¿no es nada sin nosotros?] “Tenemos aquí la imagen del cibernético en la que el cuerpo se dota de prótesis tecnológicas, de modo que la tecnología objetiva simplemente compensa las carencias de la habilidad subjetiva, complementándola y perfeccionándola” (Pavón-Cuéllar, 2024).

Pero la segunda pregunta nos confronta con que la inversión de los términos no es en este caso indiferente o irrelevante, pues, si la tecnología termina objetivando nuestra singularidad, ¿en qué nos habremos convertido?

Hablando de singularidad, “Ray Kurzweil afirma [en el 2005] que la evolución tecnológica pronto será tan rápida y profunda que representará “una ruptura en el tejido de la historia humana”” (Sibilia, 2009, p. 123), ¿ruptura en el tejido? Y que dicha ruptura ocurra cuando se borre, definitivamente, la línea que separa a humanos de dispositivos informáticos. O sea, cuando se anule la disyunción entre nuestros términos prestados y solo prevalezca una conjunción que los haga indiscernibles.

“Kurzweil usa el término en inglés singularity, es decir, singularidad, para referirse a una época por venir caracterizada por la fusión definitiva de lo humano y la tecnología, bajo la hegemonía de la segunda” (Benasayag y Pennisi, 2024, p. 113). El científico estadounidense, especializado en ciencias de la computación e inteligencia artificial, es el promotor de la Universidad de la Singularidad de Silicon Valley. Usa el término singularidad en su acepción matemática, que la define como evento único, y denota “un valor que trasciende cualquier limitación finita” (Benasayag y Pennisi, 2024, p. 113). En su punto de vista, ésta se encuentra representada por la tasa de crecimiento exponencial, casi vertical, de la tecnología expandiéndose a velocidad infinita. “En matemática se llama singularidad a un punto de quiebre, un corte a partir del cual todo puede cambiar (...) un antes y un después” (Benasayag y Pennisi, 2024, p. 114). Para Kurzweil “la aceleración inherente al ritmo de la evolución (...) tecnológica es una continuación de la evolución biológica” (Benasayag & Pennisi, 2024, p. 114). Entonces, ¿es continuación, o es quiebre? Sostiene que, aunque parezca impresionante, el cerebro sufre de graves limitaciones, que podrían

venir a ser subsanadas por la IA. Propuesta análoga a la de las interfaces cerebro-computadora producidas en la Neuralink de Elon Musk.

Kurzweil homologa cerebro humano con la Inteligencia Artificial, pero entonces ¿cómo sería que un cerebro que padece de serias limitaciones sería capaz de crear, inventar una tecnología que lo subsane?

La continuidad: quiebre, de la que venimos hablando entre habilidad subjetiva: tecnología objetiva resultaría en que nuestra tecnología más lograda daría como resultado otra especie, una ¿inhumana? Lo no-humano o lo transhumano, “pasando por el rediseño del Ser, como sostienen desde el coaching ontológico” (Benasayag y Pennisi, 2024, p. 117), o al decir de Sibilia ‘El hombre postorgánico’. Pero, ¿no constituye un oxímoron el hombre postorgánico?, ¿no hay una diferencia insalvable entre lo orgánico y la máquina?, ¿qué lugar para nuestra ‘singular inteligencia’? ¿Qué le deparará a la habilidad subjetiva?

Volvamos a Pavón-Cuéllar, a propósito de la conferencia que referíamos y que expusimos detallamos tiempo, lugar y denominación del evento donde tuvo expresión. Justamente quisimos reparar en esos detalles, para así visibilizar, transmitir y comunicar que, en el Sur global, desde nuestra excentricidad y con convocatorias como las del CISIC, (Centro de Investigación sobre Sujeto, Institución y Cultura de la Facultad de Psicología de la UNMdP), nos vemos preocupados respecto de interrogar y pensar el acontecer humano, éticamente interpelados e interpelando, nuestra singularidad, que ¿podría dejar de ser tal? si la segunda pregunta que nos formulamos se consumara.

Entonces, ¿“la tecnología objetiva sería cada vez más inteligente, ganando la inteligencia que los sujetos perderían, perdiéndola al objetivarla, al convertir la habilidad subjetiva en tecnología objetiva. Los sujetos serían así cada vez menos hábiles, menos inteligentes” (Pavón-Cuéllar, 2024)?

Dice Pavón-Cuéllar que la IA sería nuestra inteligencia, la inteligencia humana enajenada, objetivada y así fetichizada, ilustrando elocuentemente los conceptos marxistas de enajenación y fetichismo. Dado que “la idea misma de inteligencia artificial es una idea fetichista, un fetiche, pues nos hace imaginar que se trata de una inteligencia que existe por sí misma y que es diferente de la inteligencia natural de la humanidad.” (Pavón-Cuéllar, 2024), cuando la inteligencia humana en realidad no es natural, sino una creación cultural, por ende, también artificial.

Como sostuvimos más arriba respondiendo a la primera de nuestras preguntas, la IA como tecnología objetiva, opera, operativiza nuestra habilidad subjetiva (nuestra singular inteligencia) como las tarjetas perforadas, hacen del brocado, Jacquard. “Operativización de un cúmulo enorme de informaciones y datos obtenidos y reunidos por la humanidad a lo largo de su historia” (Pavón-Cuéllar, 2024), que una vez enajenados, son reducidos a, a través de otra de nuestras invenciones, a lenguaje digital. Y así “la biblioteca de Babel nos

fascina como alegoría profética del mundo virtual, de la desmesura de internet, de esa gigantesca red de informaciones y textos, filtrada por los algoritmos de los buscadores, donde nos extraviarnos como fantasmas en un laberinto” (Vallejo, 2019, p. 36).

Pero el lenguaje digital, como el matemático o el de señas, no son más que elucubraciones, o producciones de saber, de nuestra singular condición, de nuestra habilidad subjetiva, de seres hablantes. Por tanto, podríamos afirmar que, dado que son nuestra habilidad subjetiva, objetivada no son en sí un código, sino que por el sólo hecho de ser pronunciados, enunciados, usados, emitidos ‘por nosotros’ llevan consigo al sujeto.

Si retomamos la segunda de nuestras preguntas iniciales y sostenemos que la IA, se erige como el paradigma de la tecnología objetiva en su más alto grado, y su hegemonía sobre la habilidad subjetiva terminase por consumir la proyección de ‘singularidad’ de Kurzweil, entonces la transmisión digital y el algoritmo entrarían “en puja con la palabra encarnada” (Fernández, 2024, p. 10) si no lo han hecho ya. Dado que su estatuto “no comporta el compromiso de la inscripción inconsciente” (Fernández, 2024, p. 15) más bien lo cortocircuita, como lo explicita Helga Fernández, “La transmisión digital agencia elementos infrapersonales e infrasociales” (Fernández, 2024, p. 21) poniendo en movimiento conexiones directamente desde el polo perceptivo al polo motor, sin traza, donde el scrollar pantallas garantiza un actual perpetuo no inscribible, por ende, no memorable.

Encontramos un punto de cierta coincidencia entre el planteo de Pavón-Cuéllar y el de Fernández. El primero, postula que al ser cada vez más inteligente la tecnología objetiva “ganando la inteligencia que los sujetos perderían, perdiéndola al objetivarla, (...). Los sujetos serían así cada vez menos hábiles, menos inteligentes, mientras que sus instrumentos serían cada vez más avanzados” (Pavón-Cuéllar, 2024), y Fernández sostiene que la desencarnación de la palabra por el reemplazo de su digitalización en estado viral algorítmico, conlleva la descomplejización del sistema, haciendo de sus usuarios, nosotros, ‘huéspedes precarizados’, donde el cortocircuito que bypassea al inconsciente, iría “transformando la carne en carne, anulando la voz en el grito, el grito en el mutismo, la metáfora en lo literal, la lengua en el código y el cuerpo en lata” (Fernández, 2024, p. 20) aplanando la existencia.

Huéspedes precarizados, sujetos cada vez menos hábiles como resultado o resto de la entronización de la IA.

Lacan en el Seminario de la Ética, pronuncia como imposible medir el acento exacto del término real, oponiéndolo a fictitious, en inglés. Y agrega que este último no quiere decir ilusorio o engañoso. “Fictitious quiere decir ficticio, pero en el sentido en que (...) toda verdad tiene estructura de ficción” (Lacan, 2020 [1959-60], p. 22) dado que desde la experiencia freudiana que le otorga valor de verdad al decir histérico, “Lo ficticio (...) no es

por esencia lo engañoso, sino hablando estrictamente, lo que llamamos lo simbólico” (Lacan, 2020 [1959-60], p. 22).

Es real, no ficticio que el mundo digitalizado perfora lo simbólico de un modo que amenaza con acabar con él. Pues aplanar, y al aplanar y simplificar, achata el espesor necesario que da lugar a la otra escena, inconsciente, que da lugar a la memoria, la historia, el relato, la poesía, la metáfora, la invención, el deseo, los sueños.

Que hace seamos mortales aún, hablantes aun, amables aún.

Referencias bibliográficas:

- Benasayag, M., y Pennisi, A. (2024). La inteligencia artificial no piensa. (El cerebro tampoco). Buenos Aires: Prometeo.
- Fernández, H. (2024). La Hiperstición la más nueva de las letosas. Buenos Aires: En el margen.
- Fernández, H. (junio de 2024). Mandíbulas autómatas. La palabra en estado viral y los huéspedes precarizados. Plaqueta. Buenos Aires: En el margen.
- Lacan, J. (2020 [1959-60]). La ética del psicoanálisis. Seminario 7. Buenos Aires: Paidós.
- Pavón-Cuéllar, D. (16 de octubre de 2024). David Pavón-Cuéllar. Intervenciones inéditas y publicaciones efímeras. Recuperado de:
<https://davidpavoncuellar.com/2024/10/16/la-inteligencia-artificial-en-el-cruce-entre-marx-y-freud-proletarizacion-generalizada-en-el-gran-otro-digitalizado>
- Sibilia, P. (2009). El hombre postorgánico. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Vallejo, I. (2019). El infinito en un junco. Madrid: Ediciones Siruela S.A.